

De repente, me quedé completamente colgada de la paleta, de los pinceles, de los tubos, del aguarrás, de las espátulas, del tiento, del caballete y de los trapos que chupan la pintura que sobra.

Precisamente iba pensando yo sobre la belleza y su nunca completa independencia de algún aspecto de la tragedia vital.

Y un día, sentada al aire libre, no recuerdo, no tocaba ni hierba ni arena. La paleta era enorme; recostada, parecía dormir, pero de pronto, doblándose, desdoblándose, con movimientos agresivos, se acercó, y a una distancia de unos dos metros, provocándome con gran sutileza, abriendo la boca, me lanzó un chorretón de rojo geranio; mis hombros se inundaron de rojo atardecer chillón y comenzó el movimiento. Inundación corporal de pintura cargada de aguarrás. Los pinceles, totalmente locos. Mis manos, disparatadas, los pelos completamente erizados. Por un movimiento incontrolado un pincel se equivoca y se mete en mi boca cargado de pintura azul. ¿También habría que comer el óleo al pintar?

Cuando ya la paleta estaba cargada de colores, corté un árbol, me corté el pelo, y atándolo a la punta, lo unté de pintura y comencé a pintar todo lo que veía delante, todas las cosas que veía y sobre ellas mismas, árboles, metas, caballos voladores, bares, mercerías, erupciones, pasiones...

Todo lo que pinté ese día lo recogí, y colocando los lienzos en horizontal, distribuí todo el material encima; al cabo de unos días, los lienzos estaban llenos de marcas y agujeros distintos según formas. Pues a partir de esas formas y agujeros es donde comienzan mis cuadros.